

B. 18

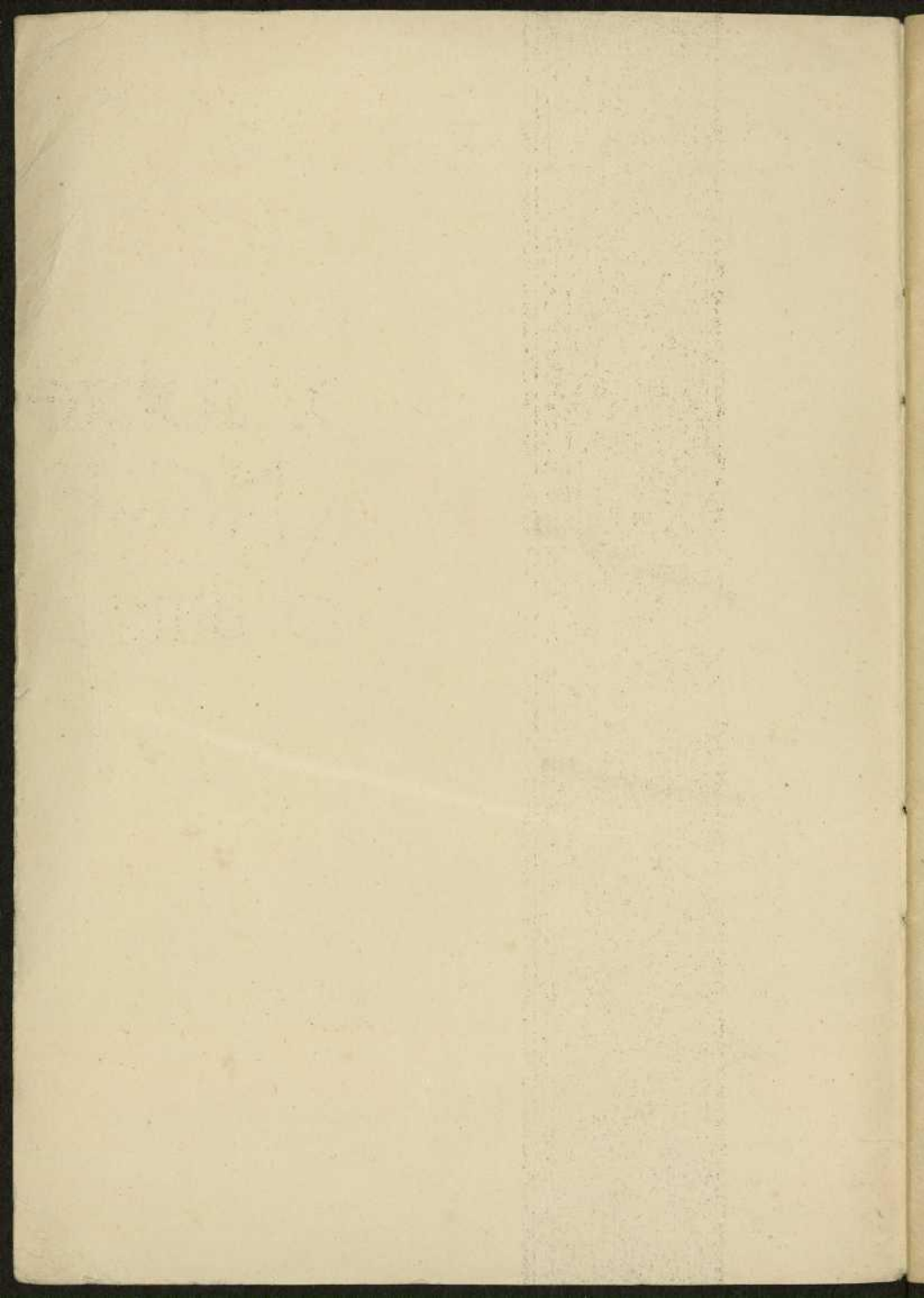


de

Notas sobre  
LA FALANGE  
como partido único

P

19752



CUADERNOS  
DE ORIENTACIÓN  
POLÍTICA

I

NOTAS SOBRE  
LA FALANGE COMO  
PARTIDO ÚNICO

B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 134019
C.B.
19752
(10)
-----
-----

THE  
OF  
A

I

THE  
OF  
A

## NOTAS SOBRE LA FALANGE COMO PARTIDO ÚNICO

UN país es como un organismo vivo y actuante, de la más delicada complejidad. Tarea del político es gobernar o conducir sus elementos, en equilibrio de fuerzas y armonía de fines. Pero esta gobernación o conducción no se justifica por sí misma: gobernar o conducir significa merma de la inalienable libertad humana, y la libertad sólo puede cortarse, limitarse, a la vista de fines superiores. La vida en común de los hombres es uno de ellos, pero no el único. Así como el hombre es una unidad social, hecho para vivir entre otros hombres, son las naciones unidades históricas, hechas para la vida entre naciones. Ni puede darse un hombre viviendo aislado, como Robinsón, sino excepcionalmente, ni puede tampoco existir un robinsonismo de los Estados y de los pueblos. La vida de relación, la política exterior se impone necesaria, fatalmente, por las leyes de la Historia, y es precisamente esta política exterior, esta vida de relación, la que condiciona la otra política, la interna; del mismo modo que lo más absolutamente individual de la vida del hombre se produce y desarrolla en función de la sociabilidad.

No puede perderse jamás de vista esta condición. Gentes hay que piensan para el porvenir de España una vida de aislamiento y paz, sin meterse en libros de caballerías, y de ellos se ocupó muchas veces la Falange, antes y después de la guerra. A estos hay que decir que sin vida de relación, sin política exterior con todo el cargamento de riesgos y compromisos que representa, las Patrias mueren, como mueren o se atrofian los organismos que no se ejercitan. Lo que sí convendría preguntar a los tales, es si la permanencia de la Patria les interesa fundamentalmente.

Tres maneras normales hay de política interior—las tres, sin perder de vista la empresa externa de la Patria—, y son: la

política de una ascensión, la política de un apogeo y la política de una decadencia. Poseen caracteres comunes y caracteres diferenciales que aquí no interesa analizar. Porque para nuestro propósito—para nuestra actualidad española—, la manera de política interior es necesariamente anormal; y en este caso, se llama política revolucionaria.

**Política interior revolucionaria.** No parece oportuno, ni necesario, incluir aquí una justificación de las revoluciones: lleva la

Falange todos los años de su existencia predicándola, y divulgando su razón a los que quieran oír. Basta consignar, sin lugar a disputas, que las revoluciones se imponen en determinados momentos de la historia de los pueblos, y en este caso, sólo caben al político y al pueblo mismo dos actitudes: o afrontarla y resolverla, o ignorarla; y en este último caso, la realidad acaba por imponerse.

El político que acepta la revolución y la conduce, tiene que obrar revolucionariamente. En caso contrario, es decir, cuando la necesidad revolucionaria se escamotea por cualquier clase de motivos, la necesidad de la revolución queda pendiente, y el habilidoso político que la falseó no hizo sino evitarla por un número muy escaso de años.

A España se le escamoteó su revolución el 13 de septiembre de 1923, el 14 de abril de 1931 y el 6 de octubre de 1934. JOSÉ ANTONIO dijo palabras definitivas sobre estas «revoluciones frustradas». Por haber hecho juegos malabares con la realidad (6 de octubre), por engaño e incapacidad de los conductores (14 de abril), por falta de habilidad dialéctica para atraer a los mejores (23 de septiembre), estamos viviendo la revolución presente y dando la sangre de nuestras juventudes.

La Revolución es siempre una empresa de política interior que procura reconstruir las bases de convivencia nacional y disponer las fuerzas económicas, políticas, sociales y espirituales del país para su actividad externa. La Revolución supone ruptura con un orden legal anterior y con un sistema de procedimientos igualmente legales. La Revolución es una «legitimidad» contra una «legalidad». La Revolución incluye siempre la violencia entre sus métodos. Y no es cosa tampoco de hacer aquí una justificación de la violencia, aunque son muchos todavía los que creen «que la suprema jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad».

«La Revolución es la tarea de una resuelta minoría inasequible al desaliento», afirmó JOSÉ ANTONIO. Es ésta una de sus definiciones más certeras, y que tiene la virtud de alentar en

las horas de desánimo. Pero además de esta virtud cordial, posee excelentes cualidades intelectuales como definición. En pocas palabras queda afirmado, a), quién es el protagonista de las revoluciones; b), cuáles son las condiciones esenciales de este protagonista.

**La Revolución, obra colectiva.** Un hombre solo no puede hacer una Revolución. La política no es jamás tarea de un hombre solo. La Revolución, y la política toda, es obra de una minoría. Lo primero que hace todo político inteligente, todo revolucionario genial, es formar en torno a sí—a su persona y a sus ideas—esa minoría rectora, conductora y ejemplar. Lo impone el amor a la propia obra; porque posiblemente, la vida del hombre—la vida del político o revolucionario—no alcance a la terminación de la tarea.

Una conducción de la empresa exclusivamente personal significaría, caso de muerte, el acabamiento de la empresa misma. Una minoría cuidadosamente formada asegura la permanencia de la obra. No César, sino Augusto, hizo el Imperio Romano, pensamiento de aquel. Ni fué Felipe III, heredero legítimo de la Corona, sino la escuela de diplomáticos formada por su padre (Osuna, Bedmar, Gondomar, Fuentes de Valdepero...) quien sostuvo el Imperio español en el primer tercio del siglo XVII.

Así concebida, aparece la minoría como protagonista de las revoluciones y de las grandes empresas políticas, y su garantía mejor. La gallardía con que aparezca en la historia depende de qué posea o no determinadas condiciones que le asegure el triunfo.

**Las condiciones de la minoría revolucionaria.**

Quedan señaladas en la definición de JOSE ANTONIO: *resolución*; es decir, decisión inalienable de conseguir el fin revolucionario poniendo en obra los caminos y hechos previos, aceptando de antemano todas las dificultades, aun las más ingentes. *Inasequibilidad al desaliento*; es decir, el tesón necesario e indispensable para que el fin revolucionario pueda ser realizado, cualesquiera que sean las dificultades internas o externas.

Podría añadirse esta tercera cualidad, que resume acaso las anteriores: *sentido de la realidad en los medios y en los fines*: toda revolución con fines o procedimientos utópicos, está condenada de antemano al fracaso, con la agravante de un inútil consumir de vidas y años de historia. La política es un arte de lo real y de lo posible, y todo político o revolucionario que se

propone metas inalcanzables, por muy simpática que otras circunstancias hagan su figura, quedará relegado en la historia al simple papel de soñador; papel nada lucido por cierto.

No hay que confundir, en estos achaques de posibilidades y realidades, lo que oficialmente se propone un equipo político o revolucionario, y lo que se propone efectivamente. Es elocuente, a este respecto, la revolución rusa. Para los fines de propaganda ahora, y antes para conmover y movilizar un pueblo desesperado contra el Estado y conseguir su conquista, púsose el marxismo más riguroso como programa y fin. Hasta es posible que esto se hiciera sinceramente por alguno de los cabezillas de la hora primera. Pero hoy ya no cabe dudar que es la dominación universal, el «Imperium mundi», la finalidad política concreta del bolchevismo. Y no se tenga por ensueño este afán de dominación total, porque es común a muchos Estados modernos que se distinguieron siempre por su fino sentido de las realidades políticas; cuando no el afán de todo Estado moderno verdaderamente vital y con capacidad histórica todavía.

Este sentido, pues, de la realidad en los medios y en los fines, instalado en la minoría revolucionaria, comienza a hacer posible su obra sobre un pueblo. Proponer un programa mínimo de actos de gobierno, es ya indicio de la creencia de este sentido. JOSÉ ANTONIO proclamaba que «sentido, no programa». «Ese sentido nos da las soluciones ante lo concreto». Un general que planea una campaña no puede prever un programa mínimo de ataques y contraataques, de victorias y derrotas. Tiene una orientación, un sentido, que es ganar. Puede también tener un esquema muy general de posibilidades; pero es en el mismo campo, en pleno ardor guerrero, donde, aprovechando genialmente las circunstancias y los imprevistos, dispone de sus fuerzas hasta alcanzar la victoria. Es el amor a ella, no su programa de acción, lo que lo conduce al triunfo.

(En España se ha dado en llamar «programa» a los veintiséis puntos de la Falange. Los veintiséis puntos no son un programa, ni mucho menos. Son declaraciones de carácter muy general sobre principios de actuación política, o sobre necesidades indispensables para la grandeza de España. En los veintiséis puntos se dice que nos hace falta una gran escuadra, pero no se enumera el número de acorazados, cruceros, destructores, etc., que la constituirán. Eso ya sería programa. Y proclamar un programa de esta índole como justificación de una etapa revolucionaria activa sería la declaración de incapacidad del grupo conductor, en este caso, de la Falange.)



**El sentido de la realidad en los fines de la Revolución Nacional-sindicalista.**

Dos cosas aparecen como denominador común a las construcciones teóricas de los máximos pensadores de la presente revolución española—**JOSE ANTONIO, Ramiro Ledesma Ramos**—; y son dos ideas, dos aspiraciones, comunes a todos los españoles verdaderamente angustiados de los últimos tiempos: la grandeza política de España, y la libertad del español como hombre y como miembro de una entidad nacional.

Pues bien, gastar años de historia y vidas juveniles, y aun la propia vida de los conductores (como en nuestro caso), por esas ideas, no es patente de romanticismo político. Es la posibilidad de ambas aspiraciones; más aún, es la seguridad de su realización, en plazo más o menos breve, la que justifica la revolución para mayor gloria de los que la guiaron. En caso contrario, si la grandeza de España fuera un sueño imposible, y otro sueño nuestra libertad, los Jefes caídos no merecerían nuestro mayor respeto y amor. Llevar un pueblo a una locura, por muy hermosa que la locura sea, acaba siempre por merecer la condena y repulsa de la Historia.

Pero la grandeza de España es una posibilidad fundada en poderosas razones. No es una razón política la pasada grandeza, aunque sea una razón sentimental (un impulso), porque puede un Imperio caer y no levantarse más; pero sí son razones estas otras:

La capacidad combativa del pueblo español, la «vena heroica» descubierta por la Falange y puesta de relieve en la guerra presente; la enorme capacidad económica de nuestro suelo, que nos permitirá montar nuevas estructuras al servicio de nuestras ambiciones políticas; la posición geográfica de la Península, estratégicamente situada para no poder vivir ausentes y despreocupados de la política universal, de una parte, y de otra para poder desarrollar una actividad militar y económica basada en esta situación privilegiada. Y también son importantes estas otras, si de naturaleza espiritual, no menos decisivas: nuestra voluntad de poder, dormida tres siglos y medio, ahora despierta; la mayor humanidad del español, apenas proletarizado, con enorme capacidad de sacrificio y heroísmo; la vigencia entre nosotros de los valores morales, mayor que en otros pueblos actuales. Por toda esta acumulación de circunstancias—que no posee parecido sino el Japón, pueblo de los de mayor provenir—, no es ensueño pensar y procurar nuestra grandeza.

Ni tampoco lo es nuestra aspiración de libertad profunda, recibida e incorporada a nuestro repertorio de anhelos naciona-

les por el Catolicismo, cifra y resumen de Verdades. Ni tampoco es ensueño poner este anhelo de libertad como motivo espiritual de un Imperio, porque el nuestro pasado se fundamentó en aspiraciones de igual naturaleza, y fué un hecho que dejó en la Historia surco hondo e indeleble.

**El sentido de la realidad en los medios de la Revolución Nacional-sindicalista.**

Para que esa empresa de nuestra grandeza como Nación—la de mayor envergadura en la hora presente—sea un hecho, tiene que estar el cuerpo nacional tan dispuesto y entrenado como el de un atleta corredor que se disponga a gran hazaña deportiva. Procurarlo y conseguirlo es la ocupación concreta e inmediata de nuestra política interior, porque hacer posible la convivencia y sociedad humana es quehacer permanente de toda política, y no hay por qué referirse aquí a tales cosas. Pero veamos la situación interior de España en el último decenio para concluir que los medios empleados por nosotros fueron y son los adecuados y los únicos posibles.

Tristes fueron las postrimerías de la Dictadura: acabó enemistada con el pueblo, porque la «revolución pendiente» no se hizo; con las clases intelectuales, porque «le faltó elegancia dialéctica»; con las juventudes, porque su estilo no era juvenil, porque «para reclutar a una generación joven hay que dar con las palabras justas, hay que dar con la fórmula justa de la expresión conceptual». Y por su origen estaba ya enemistada con los viejos políticos monárquicos y con las clases aristocráticas. Todos, confabulados, acabaron con ella.

Lo oportuno hubiera sido, entonces, ensayar un régimen que poseyera las cualidades que no tuvo la Dictadura; pero la Monarquía, «virtualmente muerta», no podía realizar tal hazaña: los años que van entre la caída del General Primo de Rivera y la República, son los más tristes, los más estériles de nuestra historia contemporánea. Cayó la Monarquía, que «era una monarquía sin poder», por su propio peso de cuerpo muerto.

En sus últimos meses, inminente ya la transformación republicana, sonaron las primeras voces instaladas en la realidad; las *voces comunistas*, que de antiguo venían chillando con sordina, y los *primeros camaradas de «La Conquista del Estado»*. El Partido Comunista, por monstruosas, antinacionales y anticristianas que sean sus pretensiones, no perdió jamás el sentido político, y de ahí el poder sobre las masas que consiguió más tarde. Pudo haber triunfado. Si no lo consiguió, se debe al grito de alarma, a aquella especie de «¡Despierta, España!»,

precursor de nuestro «¡Arriba España!» lanzado por los primeros nacional-sindicalistas. Porque, en esa misma hora, la España oficial monárquica pretendía galvanizar el cadáver de una Monarquía liberal, parlamentaria y constitucional, y la España oficial republicana trabajaba y conspiraba por una República igualmente liberal, constitucional y parlamentaria; precisamente en la hora en que Roma y Moscú liquidaban el liberalismo, el constitucionalismo y el parlamento. La ineficacia, la vejez prematura de nuestra Segunda República se hizo evidente cuando todos los viejos de Europa la saludaron como tierra de promisión de los sistemas periclitados y arrinconados por la realidad histórica presente. Y, en efecto: el quince de abril de 1931, por la mañana, los jóvenes españoles habíamos dejado de ser republicanos.

La Revolución Nacional-sindicalista comenzó con el primer número de «La Conquista del Estado». Allí se habló por primera vez elogiosamente del fascismo, en el país donde se había hecho la mejor propaganda antifascista posible; la propaganda negativa, que llevara al ánimo de los españoles de todos los matices el sofisma de que «en España el fascismo no era posible», consoladora mentira cantada en todos los tonos por todos los diarios nacionales, desde «La Antorcha» al «Debate» (cantilena que aun hoy, en plena guerra, no han dejado de silbar por lo bajito muchos deliciosos fósiles de la España Nacional).

Sin ambición histórica, sin visión del futuro, sin sentido del honor y la dignidad nacionales, los diversos partidos y capos-tes que mangonearon en el pobre cuerpo de España desde 1931 hasta 1936, sin exclusiones de ningún género, redujeron su cuerpo y su alma al más triste estado posible. Ensayaron democracias o polulismos, desgobernando en todos los tonos y colores; arruinaron la economía; agudizaron el problema social y la lucha de clases; comprometieron nuestra libertad nacional, ligándonos a intereses extranjeros inconvenientes, apartándonos, en cambio, de nuestras naturales alianzas; desaprovecharon la ocasión única de resurgimiento proporcionada por la revolución socialista de 1934 y, finalmente, nos condujeron al Frente Popular. Sincrónicamente, la revolución nacional-sindicalista pasó de los restringidos medios intelectuales de su origen, a concretarse en cuerpo político revolucionario (las J. O. N. S.), que adquirió luego carácter nacional y peso en la vida pública (F. E. de las J. O. N. S.), reclutando en sus filas lo mejor de las juventudes estudiantes, obreras y campesinas, ofreciendo un cuerpo de doctrina y un sistema de soluciones viables y, finalmente, presentando la batalla en todas las calles de España contra los enemigos de la Patria. Ni los partidos monárquicos ni

los llamados de derechas tenían el peso y la importancia de la Falange; unos y otros juntos hubieran sido incapaces de resolver el problema de España, y lo demostraron en las elecciones de 1936; la única que vivía en la realidad, en la dura y desnuda realidad, en su «álvida intemperie» era la Falange, y contra ella, certeramente, se declaró beligerante Casares Quiroga, que nunca tuvo nada de tonto. Era entonces nuestro equipo revolucionario un embrión, una serie de posibilidades solamente; pero, aun así, era el único grupo que vivía y obraba en la realidad más estricta, más exigente y más peligrosa. Lo demuestra el último acto político trascendental de JOSE ANTONIO, al invitar, desde la cárcel, a los militares a la rebelión; porque el ambiente era propicio, preparado por la Falange en tres años de lucha; pero la Falange misma no podía conquistar el Poder con la urgencia que las circunstancias requerían, por carencia de medios técnicos y combativos más que de otra cosa.

Considérense, por vía de enseñanza, los métodos de otros grupos políticos, aparentemente enemigos del «statu quo» anterior al Levantamiento. Ante la necesidad urgente de conquistar el Estado, usan de las «legalidades» del Estado mismo: elecciones y propaganda electoral. Ante la presencia de juventudes marxistas combativas inventan una mojianga juvenil, cuya eficacia pudo pronosticarse ante una famosa fotografía que todo español recuerda en la página primera de «Estampa» o «Ahora» (lo mismo da): los ojos españoles estaban ya acostumbrados a los desfiles imponentes de la Plaza Roja, de Roma o Berlín: multitudes militares encuadradas, ordenadas y rítmicas; pero aquella abigarrada masa con banderas, en el gran patio del Escorial, fué, no sólo una ofensa a la más geométrica y ordenada de las arquitecturas del mundo, sino el más bravo batallón de borregos que verse puede, porque allí, como en un rebaño cualquiera, no había ritmo, orden ni geometría—no había mando auténtico, ni auténtica obediencia, ni fin, ni cosa que se lo valga. El sentido de la realidad imponía el encuadramiento de las juventudes como órgano de combate, y esto, sólo la Falange supo y pudo hacerlo. Y, por fin; gentes, incluso enemigas de todo lo totalitario o fascista, ante el espectáculo del Frente Popular, ante la inminente ruina de España, pedían el fascismo como única salvación; mas no aquellos graves varones que, reunidos en consejo, declararon su preferencia por la disolución del partido, antes que aceptar el fascismo. Si muertos están, es porque la muerte merecieron.

Hasta aquí—hasta el Levantamiento—, la primera etapa de nuestra revolución, en que ni un solo momento perdió la Falange contacto con la realidad española, conduciéndola en

cierto modo. No interesa considerar la segunda etapa—la anterior al decreto de unificación—, porque entonces la ocupación fundamental fué la guerra. Veamos ahora la tercera.

**Pequeño inter-medio teórico.** Nos ocuparemos aquí de las consideraciones que un fluyente escritor en ocasión próxima, puesto en trance de teoría y ante el tema de la revolución, dijo o escribió. Conviene refutar y rechazar estas cosas en toda ocasión oportuna; y lo es, entre otras, ésta en que tratamos del «sentido de la realidad» de nuestra revolución, o, mejor, de los grupos y personas que la conducen.

Desde un cierto volumen antológico puso cátedra y definió sobre las revoluciones; las cuales, entre otros defectos, tienen fundamentalmente tres: el Utopismo, que es, según él, como «un estar fuera de la realidad por abstracción»; el Ucronismo, o «negación de la realidad del tiempo», y el Resentimiento, que, al parecer, consiste en la «negación de la realidad social». A nosotros no nos va ni nos viene que tales motes se endilguen; ponemos, por caso, a la Revolución Francesa, porque en esta España urgente hemos de hacer algo más que teorizar sobre revoluciones pretéritas; pero lo que sí nos viene y nos va es que, amparándose en tales sofismas, se siente plaza de contrarrevolucionario, precisamente enfrente de la única revolución actual en España, la nuestra. Para el escritor en cuestión, la Falange no sólo está en la luna por vivir fuera del tiempo y alimentarse de puras abstracciones, sino que, además, es un equipo muy mal intencionado, porque «niega la realidad social».

Por razones de necesidad histórica, reconocidas y proclamadas por el Caudillo, la Falange (incorporados los grupos que formaban la Comunión Tradicionalista o Requetés, así como otros menos numerosos e importantes, sin que ninguno de ellos aportase a la nueva fuerza integrada otra cosa que el número, la lealtad y el patriotismo, *ya que como base del Movimiento se declararon los Veintiséis puntos de la antigua F. E. de las J. O. N. S.*); la Falange, decimos, pasó a desempeñar unas determinadas funciones en el aparato del gobierno, dentro de un estado que se denomina ya oficialmente Estado Nacional-sindicalista. Es decir, la Falange pasó, en virtud del decreto de Unificación, a realizar la Revolución —no una cualquiera, sino la suya— desde el Estado. Veamos si desde entonces ha sido, o es, Ucrónica, Utópica o Resentida.

No son utópicas nuestras pretensiones fundamentales, nuestros fines supremos —grandeza de España, libertad profunda del hombre como portador de valores eternos—, según queda

ya demostrado; ni lo es tampoco el querer conseguirlos mediante un movimiento político realizado por un Partido único de organización militar como equipo; y un determinado sistema de sindicación como estructura más conveniente para la solución de los problemas económico-sociales; ni menos lo es pretender que los obreros y los campesinos vivan mejor mediante una distribución más equitativa de los beneficios de las empresas, o la revalorización de productos, etc. Ninguna de estas cosas nos acredita de soñadores, esto es lo cierto, y por esta parte, sigue la Falange, desde el gobierno, instalada en la realidad.

No somos ucrónicos (¡qué castellano, señor!), porque contamos con que nuestra revolución tenga un desenvolvimiento en el tiempo, estimado como factor importante. Hasta sabemos, aproximadamente, en qué tiempo podemos llevarla a cabo, y éstas son las palabras, a este propósito, de Ramiro Ledesma Ramos: el tiempo que dura la revolución es la vida de una generación, concretamente de la nuestra.

Y, por último, no somos resentidos, porque resentimiento es opuesto a generosidad, y nadie ha sido más generoso que nosotros en dar la sangre; ni en nuestras concepciones —que son, en definitiva, las de JOSÉ ANTONIO— se dibuja ni ras trea el menor resentimiento contra nada existente, si no es contra lo podre y caduco, contra el lastre y peso muerto que arrastra España y se opone tenazmente a su ascensión.

Acaso esta digresión teórica—no tan elevada en vuelos y altisonante en vocablos como aquella que se quiere refutar—no sea del todo impertinente e inoportuna en este folleto popular, porque a veces las cosas más insospechadas gozan de cierta resonancia.

#### **El Partido Único, instrumento de poder.**

Hablando de Hitler y su actividad política en la gran Alemania, escribió Ledesma Ramos en su discurso: «Tomó el poder del modo más adecuado, sencillo y natural, según corresponde a un estratega que sabe el secreto de estos tiempos, es decir, la diferencia que hoy es forzoso establecer entre el problema de la toma o conquista del poder y el problema revolucionario, el de hacer una revolución, cosa en extremo seria y complicada, que necesita algún tiempo y ser desligada estratégicamente de la primera». La razón es asimismo sencilla: ninguna revolución eficaz puede ser llevada a cabo en toda su plenitud —precindiendo de las escaramuzas preliminares— si no es desde el Poder, dominando todos sus resortes. En la opo-

sición, desde fuera del Estado, todo se va en preparaciones, si indispensables, no fundamentales. Pero es desde el Estado mismo desde donde se operan las trasmutaciones que constituyen la revolución. Y esto sólo es posible poseyendo un instrumento revolucionario de Poder. Tres revoluciones totalitarias comprueban que, en nuestros tiempos, el instrumento de Poder revolucionario es el Partido único.

No se entienda por Partido, cuando se habla de una organización de tipo totalitario; lo que por partido se entiende en un régimen político demoliberal. Una organización totalitaria—partido comunista ruso, o fascista italiano, o nazi—es justamente lo contrario de un partido político, tanto en su organización y estructura como en la manera de obrar sobre la política nacional. Una organización totalitaria es un antipartido.

El partido demoliberal—cualquiera que sea su matiz, desde el más conservador al más radical o avanzado— tiene su fundamento en la concepción democrática de la vida pública. Coexiste con otros partidos, opuestos o afines. Entra con ellos en el juego electoral o de gobierno. Alterna, pacta, se fracciona. Su razón última, nunca es de naturaleza política, sino económica. Detrás de los «partidos» del antiguo régimen, hay siempre intereses, porque es la economía la que rige la política en esos sistemas. En el mejor de los casos—mejor, no por su valor político, sino humano—el partido demoliberal es una bandería, un séquito.

La organización totalitaria se basa en una comunidad de ideas representadas por un Jefe, enlazado con sus secuaces por un doble juego de autoridad y obediencia—es decir, disciplina—operante sobre un esquema militar y con carácter absorbente y exclusivo, en el cuerpo político del país, aspirando a la ocupación del poder sin participaciones ni temporalidades. Aunque el equipo totalitario, en su primera etapa, pueda estar vinculado a grupos o clases económicas, su actuación posterior los excluye.

Contra las afirmaciones de la propaganda marxista, el fascismo, o cualquiera de sus similares, no representa intereses económicos clasistas, sino pura y simplemente intereses nacionales.

Cuesta trabajo, a las mentalidades formadas en una atmósfera demoliberal, recibir y acatar el «partido único». Actualmente, en España, muchas personas que aceptaron, y aun procuraron, el Alzamiento militar, y están identificadas con él, disienten, en pensamiento y obra, de la proclamación de la Falange como partido único. Prescindiendo de los que obran de mala fe, las razones son éstas:

La libertad de opiniones políticas, que se concretaban, en la

práctica, en diversos partidos, desaparece al aceptar una sola opinión, un solo método y una sola disciplina.

El plano de igualdad aparente en que los partidos demoliberales colocaban a sus miembros, desaparece ante una organización jerárquica, en que, contra toda costumbre, los puestos de mando y responsabilidad recaen generalmente en personas jóvenes que no han hecho el antiguo y acostumbrado «cursus honoris».

Los partidos demoliberales agrupaban, no personas coincidentes en ideas cuanto en intereses económicos, en tanto que el equipo totalitario excluye de sus cuadros políticos los intereses económicos, relegándolos a los sindicatos, que, por otra parte, son igualmente totalitarios y se rigen desde fuera, atendiendo primeramente a intereses políticos nacionales.

(En toda revolución totalitaria, es inevitable un período en que las fuerzas políticas supervivientes del régimen anterior pretenden controlar o mediatizar el partido único. Son muchos los procedimientos. El más tosco, el de aquellos que acuden al partido para salvaguardar sus intereses. El más sutil, el de quienes «colocan» en el partido peones, agentes o representantes. Uno y otro fracasan. Hay un momento en que la rígida disciplina que acaba por imponerse en todos los sectores excluye de los cuadros a los unos y a los otros, aparte de que el mal funcionamiento descubre quiénes no estuvieran de buena ley dentro de la organización. Es un aspecto del proceso de depuración, ni tan rápido ni tan fácil como muchos, ingenuamente, creen.)

El partido único no excluye al Estado, ni lo anula. Hay tres modos de relación entre ambos: subordinación del partido al Estado, como en Italia; identificación del Partido con el Estado, como en Alemania; subordinación del Estado al Partido, como en Rusia. No puede establecerse a priori cuál de los tres modos de relación es el más perfecto o el más conveniente. Depende, en realidad, de las circunstancias políticas y los problemas internos de cada país. En Italia, con la coexistencia de un Jefe de Estado y un Jefe de Partido, se impone la declaración oficial de subordinación del segundo al primero. En Alemania, donde no existe este problema—ya que el Jefe del Partido reunió en sí —muerto el Mariscal Hindenburg— todas las magistraturas civiles y administrativas, y posteriormente las militares— y por otra parte la índole de los problemas interiores y exteriores y el papel del partido en su solución lo requería, existe una verdadera identificación. Por último, el Partido, en Rusia, está por encima del Estado—ésta es la realidad, aunque existan declaraciones oficiales en contra—, y se explica y justi-



fica por los fines subversivos universales del Comunismo. Rusia, el Estado ruso, no desarrolla labor alguna fuera de sus fronteras; es el Komintern el responsable, y el Komintern es independiente del Estado. Esta es la posible respuesta de Stalin a cualquier reclamación por actividades comunistas. Pero el Komintern es una organización de actividad internacional que gobierna todos los partidos comunistas, y cuyos dirigentes lo son, a la vez, del Estado ruso, como lo serían de cualquier otro posible estado soviético que surgiera en el mundo.

¿Hasta qué punto un planteamiento de la «teoría del partido» en sus relaciones con el Estado responde, en la España actual, a una necesidad y a una oportunidad? «La primera preocupación estratégica, escribía Ledesma Ramos, es... la creación de un órgano de acción política, bien acorazado para resistir las sirenas, para desprestigiar los contubernios y para dar el golpe definitivo al artillugio político de los partidos en que se basa y apoya el Estado vigente». Esta afirmación, escrita en 1935, sigue válida, aunque las circunstancias políticas hayan cambiado. Lo interesante no es ahora la teoría política con sus bizantinismos complicados, sino acometer la creación del «órgano de poder» apto para fines históricos concretos. «Todas nuestras tareas tienen que proyectarse sobre España bajo el signo de la urgencia», escribía el mismo camarada en el número 10 de J. O. N. S. Y la urgencia no permite discusiones, sino, todo lo más, al borde del camino, oyéndolas de pasada, pero sin permitirse enredarse en ellas.

**Totalitarismo del órgano de poder.** La conquista del Estado y su organización totalitaria, sigue siendo el primer postulado de la revolución. Pero cualquiera que sea la relación entre Estado y Partido, el imperativo de totalidad alcanza tanto al uno como al otro. Totalidad quiere decir, en orden al poder, su unidad; y en orden a la fuerza política, que ningún grupo capaz de detentarla puede existir fuera del Estado. Es únicamente el Partido—repetimos, cualquiera que sea su relación jurídica con el Estado—el que recoge, ordena y canaliza las fuerzas políticas del país. Pero como existen necesariamente grupos de difícil asimilación, es tarea urgente del Partido asimilarlos o anularlos.

Pero pensar en la asimilación es utópico, y por tanto estúpido. No puede esperarse, v. gr., que las clases capitalistas, la alta banca o la gran industria, renuncien a su poder e influencia por motivos patrióticos que, casualmente, antes no hubieran sentido. Lo más natural es que defiendan sus posiciones hasta

el último momento, y no sólo las defiendan, sino que tomen algunas, estratégicamente situadas dentro del Partido. Quien espera ganar esta batalla con razones sentimentales, pierde el tiempo. Únicamente hay una postura que se asienta en la realidad, y es la pretensión de anular al enemigo, y esto se consigue atacando su fundamento: es decir, mediante la revolución económica.

Pero, en tanto que no se realiza, de nada valen declaraciones en que se afirme la no existencia de grupos políticos fuera del Partido o del Estado. Aunque la nueva ordenación política los excluya de la representación popular o del gobierno directo, siguen existiendo y pesando en la vida pública. El Partido tiene, de momento, la obligación de combatirlos.

Para este combate, de nada vale tomar métodos y soluciones de otros países. Las circunstancias varían, y los procedimientos también. En la realidad española es necesario tener en cuenta las siguientes realidades:

1.º España es un país predominantemente agrícola. »Todas las reivindicaciones sociales se refirieron y afectaron al obrero industrial, jamás al campesino, o en »muy pequeña escala. El campesino desconoce, hasta »hoy, las «conquistas sociales» de la revolución proletaria. España está escasamente industrializada. El obrero industrial, por su actuación en los últimos veinte »años, ha recorrido un alegre camino de conquistas y »mejoras económicas. Sin embargo, esta situación de »superioridad no contribuyó en nada a su mejoramiento »moral ni cultural.

2.º Las clases elevadas viven en absoluto divorcio »de la realidad española desde hace más de una centuria. No existe una auténtica aristocracia, es decir, un »grupo con capacidad rectora y ejemplar; la aristocracia de sangre ha asimilado las costumbres y gustos »de la burguesía internacional, ha perdido el carácter »y carece de vigor. Las clases plutócratas se desarrollan atendiendo exclusivamente a lo económico, y esto »de una manera muy precaria, pues no fueron capaces »ni de lograr una gran industria autónoma, y vivieron »en España del más ridículo proteccionismo; nos han »dejado la triste herencia de una economía orientada, »no a las necesidades españolas, sino a las de Inglaterra y Francia. Por otra parte, ellas nos han gobernado los últimos cincuenta años.

3.º La clase media ha sufrido mucho; pero no nos »dejemos embaucar por las voces de sirena de la llama-

»da clase media. La llamada clase media, como tal, carece de capacidad política; es la depositaria de toda mediocridad. En la clase media se reclutaron los representantes de los ridículos partidos políticos demoliberales, de derechas o de izquierdas. Pretender que gobiernen las clases medias, es condenar a un país a un destino antiheroico. Puede, eso sí, una revolución apoyarse en ella, como dicen que se apoyó la revolución fascista, aunque esto sea muy discutible. No obstante, la convulsión revolucionaria y guerrera actual ha penetrado en los sectores jóvenes de esta clase, muy a pesar de los elementos maduros y conservadores, y los ha conquistado. Pero se debe a que la diferencia de clases difícilmente cristaliza hasta la madurez, y por ello la convulsión revolucionaria ha afectado a la clase media juvenil como a los jóvenes de otras clases, con la diferencia de que el joven burgués está en óptimas condiciones culturales para ser asimilado por la revolución y aun ejercer funciones rectoras. Pero del hecho de que nuestros jóvenes alféreces o jefes políticos pertenezcan en su mayoría a la clase media, no puede inferirse que nuestra revolución sea de clase media y para ella. Importa tener esto en cuenta en lo que se refiere al apoyo moral de la revolución.

4.º Por último: las levas de guerra no afectaron por igual a todas las clases sociales. Hubo una época preliminar en que predominó el voluntariado. Posteriormente, las diversas quintas proporcionaron los contingentes militares, pero estableciendo diferencias, ya que el obrero industrial, en general y por necesidades de guerra, permanece militarizado en el taller o en la mina. La contienda, pues, afectó en mayor grado al campesino que al obrero, y esta circunstancia es digna de tener en cuenta para una futura y necesaria política de combatientes.

De todo esto se infiere la necesidad de cambiar el apoyo moral del partido. Ni la clase media ciudadana, ni el proletariado industrial, ni menos la aristocracia de sangre o de dinero. Son todos estos grupos que hay que reducir y ordenar, procurando necesariamente que su posible influencia política se ejerza a través de los órganos naturales del Partido o de la Administración, y siempre convenientemente controlada, canalizada y dirigida. En cambio, los grupos de ex combatientes universi-

tarios y la gran masa aldeana, son el apoyo moral excelente desde el que puede arriesgarse la reconstrucción de la vida nacional.

**El Partido como unidad espiritual.** El Partido es una estructura política cuyos miembros se unen en acción común dirigida a los fines ya anotados. La comunidad de fines origina entre los miembros del partido una relación, de naturaleza moral, que lo constituyen en «unidad espiritual». Estos lazos morales son: el servicio, la hermandad, el sacrificio; y su fórmula, el juramento.

Se entiende por «servicio» una actitud moral en virtud de la que se hace dejación de derechos y renuncia de beneficios, voluntariamente, por la realización de algo a que no estamos obligados jurídicamente. El servicio de más alta calidad moral se fundamenta siempre en la libertad humana. El servicio mayor, limitar y constreñir esta libertad mediante el encuadramiento en una institución regida por la obediencia y el mando.

Se entiende por «sacrificio» la aceptación libre y voluntaria del sufrimiento a que conduce o puede conducir el acto de servicio.

Es «hermandad» el lazo espiritual que une y comunica entre sí los miembros de un mismo grupo solidarizándolos en la acción y en la defensa, con predominio de los deberes del individuo para con el grupo, en orden a la eficacia de los medios, a la perfección de los fines y al mantenimiento de la unidad colectiva. Cuando el grupo «hermanado» o «agermanado» es de naturaleza militar, la hermandad se denomina, desde muy antiguo, «camaradería». (No es, como piensan muchos, la palabra «camarada» una aportación marxista, ni mucho menos. Nuestros libros clásicos la utilizan, en primer lugar, para designar la relación amistosa entre militares; segundo, para señalar, diferenciándolo, el tipo especial de amistad que se establece entre compañeros jóvenes; lo mismo que se habla de camaradería entre soldados («A las voces que dió una mujer de que mataban al maese de campo, salió Tomás de Ampuero diciendo: ¡Traidores! ¿a mi camarada?») Fr. Reginaldo de Lizárraga, «Descripción breve...» cap. LVII), que entre estudiantes o amigos mozos («Sucedió, pues, que volviéndose a su posada, en la mitad del camino encontró con don Antonio de Isunza, su camarada...»). Cervantes, «La Señora Cornelia»).

La obligación en que el militante se halla respecto al Partido y sus miembros, no es contractual, de naturaleza jurídica, sino de matiz más bien religioso, ya que descansa en un

juramento libremente prestado. Es el juramento, la manifestación de una rígida concepción de la vida, en la que se acata y reconoce el alto valor moral del servicio. Nadie jura reclamar derechos o bicocas; lo que se jura, cuando el juramento es solemne y de verdadero valor moral, es «servir» en algo; renunciar a derechos en nombre de algo importante; y no se hace esto mediante un contrato, como una venta o la prestación de un trabajo, sino que se eleva el rango espiritual del hecho poniendo a Dios por testigo—que esto es siempre el jurar—, y refiriendo a Dios toda idea de responsabilidad o de sanción. El juramento presupone el honor; nadie que no lo tiene puede jurar; y, por el contrario, el honor reconocido presta más valor a la palabra, hace innecesarios, aun en relaciones en que sería propio, el contrato.

**El Partido como** La Revolución Nacional-sindicalista es como  
**unidad de acción.** una gran batalla proyectada sobre el cuerpo político de España. Hay una meta, un fin que lograr, y una serie de escaramuzas previas al gran combate. El tiempo de las escaramuzas pasó, y estamos metidos de lleno en lo más fragoroso de la batalla; batalla de dos frentes, porque es la batalla militar de la guerra, y la otra, política, de la retaguardia.

Razonablemente, no es a nosotros a quienes corresponde librar la primera, aunque tengamos en ella parte activa y principal; pero sí estamos encargados de la segunda.

El criterio fundamental de unidad, que en lo íntimo es la «unidad espiritual», en lo externo y combativo es la «unidad de acción». No puede pensarse para el Partido, como cuerpo político, una estrategia primitiva de guerrillas, actuando espontáneamente sobre la política nacional; ni tampoco la de bandos provisionalmente unidos ante el enemigo común. El Partido debe y tiene que actuar como un solo ejército, como un solo cuerpo y un solo instrumento, con absoluta e inquebrantable UNIDAD.

Unidad de acción presupone «unidad de mando»; y ésta nos es dada estatutariamente. Conjugadas la «unidad de acción» y la «unidad de mando», nace la expresión viva de esta relación, en forma de «sistema de jerarquías».

La jerarquía es la disposición de los mejores en cuanto capacitados para el servicio, en orden a los fines que ha de cumplir el equipo político, y a los medios estratégicos.

La ordenación jerárquica posee valores de justicia y valores de utilidad.

Valores de justicia: creemos en la desigualdad fundamental del hombre (no es lo mismo decir que «todos somos iguales» que decir que «todos somos hermanos», o que «todos somos camaradas»), y esta desigualdad tiene que aparecer en el cuerpo social lo mismo que en el cuerpo político. Ordenando a los hombres jerárquicamente por su capacidad de servir, se realiza un valor de justicia.

Valores de utilidad: no todos son igualmente aptos para la acción política o revolucionaria. El criterio de aptitud es fundamental en una acertada estrategia. Aquí, se trata de aptitud para la orden y para la obediencia. Mandar y obedecer son dos ideas conjugadas de cuya efectividad depende la movilidad y eficacia del equipo político. La mayor y más afinada capacidad de obediencia y mando—de servicio—es criterio para la ordenación jerárquica del Partido en cuanto a su utilidad.

**El problema práctico de la Formación de Jerarquías.** Hemos proclamado la natural desigualdad de los hombres; pero esto no quiere decir que haya que aceptar esa desigualdad «en bruto», tal y como la brinda la Naturaleza.

Existe la educación. Pero nuestro concepto de la educación es un poco distinto del que prevaleció hasta aquí. En sus fundamentos, la educación liberal, y su hija la educación marxista, parten de la igualdad natural del hombre—también de su bondad natural—y pretenden educar, perfeccionar esa igualdad.

Nosotros, en cambio, por partir de principios opuestos, llegamos a conclusiones igualmente opuestas. Nuestra educación debe procurar, principalmente, MANTENER Y PERFECCIONAR ESA DESIGUALDAD NATURAL. Es este principio el que se aplicará en la difícil e importantísima tarea de la Formación de Jerarquías.

Que las Jerarquías deben ser formadas, no puede ser dudoso. Pensar que aparezcan espontáneamente, es una forma de romanticismo político, tan perniciosa como otra cualquiera. No se puede pensar en pasear las plazas de España, con un candil, como Diógenes, no en busca de hombres, sino de Jefes. Es mucho más práctico «hacerlos».

Cuentan de Maura que su gran dificultad para el arreglo de España consistió en no tener cincuenta gobernadores civiles. Probablemente Maura buscaría desesperadamente cincuenta amigos para mandar en las cincuenta provincias. Si entonces hubiera sido posible, Maura los hubiera formado, y nos ahorraría la tragedia presente. Pero Maura vivió y se desenvolvió en una Monarquía liberal parlamentaria, con clases dirigentes que

no dirigian, con aristocracias cerradas donde la selección estaba hecha a priori, etc., etc. En aquella Monarquía «a la inglesa», Maura no pudo hacer lo que se hizo y se hace en Inglaterra. Y el fenómeno inglés es particularmente elocuente; tanto, que merece una ligera consideración: Inglaterra es un país que, desde hace más de un siglo, no cuenta en su haber ni un solo genio político. Sus Gladston o Disraeli no pueden ponerse en parangón con Bismarck, por ejemplo. Lo mismo sucede en la actualidad, donde ningún conductor inglés es de la talla de Mussolini o Hitler. Sin embargo, el Estado y el Imperio gobernados por la oligarquía inglesa son un admirable ejemplo de continuidad, de permanencia. Si la Gran Bretaña ha entrado en decadencia, como así parece ser, esta decadencia es tan suave, tan a largo plazo, que Inglaterra se mantiene aún en su papel de árbitro internacional. Que haya pasado de las exigencias a las concesiones no quiere decir sino que, en efecto, ha alcanzado la curva del descenso, pero nada más. Y esto es admirable, no habiendo contado en su haber con un solo hombre de talla excepcional. Pero es perfectamente explicable, porque Inglaterra posee el secreto de la formación y utilización de los talentos medios. Hace ciento cincuenta años que el Imperio inglés viene rigiéndose a base de talentos medios muy bien aprovechados, pero antes formados cuidadosamente. Y en esto se basa su poder y permanencia.

Nuestro problema ha de resolverse de una manera análoga en cuanto al principio. No podemos esperar que la larga curva histórica que estamos empezando, esté sembrada de genios políticos de primera magnitud. Esto no se ha dado nunca en la historia, ni puede darse. Si miramos desapasionadamente nuestros años mejores, veremos que de la lista triunfante de los grandes reyes, sólo Fernando, probablemente, fué un genio de la política. El Emperador y su hijo don Felipe no tuvieron el talento del rey Católico. Felipe II, particularmente, es un admirable caso de talento medio bien aprovechado—aprovechado hasta la grandeza.

El nacionalsocialismo alemán vió bien este problema. Alemania, en el siglo XIX, formó una admirable casta militar—el oficial prusiano—y una admirable casta de administradores; pero se olvidó del político y del diplomático, y a este error de Bismarck se debe el fracaso alemán en la Gran Guerra. Pero actualmente Alemania forma, cuidadosamente, sus Jefes políticos, escogidos entre las juventudes.

No hay que caer en el error de pensar que el político así formado, la «jerarquía», ha de ser un especialista, en el sentido que se entiende por «especialista» en el vocabulario científico.

La formación del político debe tender a todo lo contrario, a lo más opuesto a la especialización. El político, por definición, es el hombre más completo, más «universal».

Se puede ser buen militar, buen diplomático, buen hacendista, y no por eso ser buen político. Ser político, en cambio, no excluye ser todas o cada una de esas cosas: pero se puede, asimismo, ser un buen político, un político excelente, sin ninguna de ellas, porque muestra de hábil político es suscitar y mantener en torno a sí hombres capacitados y especialistas que sepan responder concretamente a los interrogantes o exigencias de la vida política. Por estas razones, el criterio de formación, de «crianza» de jerarquías, no puede ser la especialidad, sino la universalidad. Se trata, ante todo, de formar el carácter del «hombre», y luego de suministrarle aquellos conocimientos que se estimen necesarios. Mariemburgo—una de las escuelas alemanas—no añadirá un solo hombre de ciencia, ni un gran jurista, ni un gran militar: pero nutrirá a la vida alemana de «políticos»; sin que se entienda que su misión es formar anualmente promociones de genios, sino simplemente de hombres medios bien aprovechados. Ellos tienen a su cargo sostener el Reich, no sólo en la actualidad, con el fundador y jefe al frente, sino cuando éste desaparezca de la vida.

**El Partido como unidad militar.** El Partido es, además, una «unidad militar». Su estructura interna, su «esquema», es militar, e igualmente su estilo o modo de actividad, con exigencias de obediencia y mando, juramento, honor y disciplina.

Pero el Partido no es una «unidad militar» con objetivos guerreros. La Falange, en la guerra de España, por nuestras especiales circunstancias, actúa en los frentes de combate; pero esto es accidental. Se trata de una circunstancia que, probablemente, influirá en el porvenir en la estructura íntima de la Organización, pero que no fué ni pudo ser prevista al trazarse las bases fundamentales del Partido.

La «militarización» responde a tres razones: la primera, recoger el espíritu combativo y generoso de las juventudes y oponerlo al aburguesado y gregario de los «maduros», de todos los partidos dando a aquéllas un temple para la lucha y un sentido del «obrar conjunto» que éstos no tuvieron jamás.

La segunda, oponer a la desorganización liberal-marxista del pueblo en «masas», con la correspondiente falta de orden, finalidad y criterio, una estructura política finalista, ordenada y de propósitos claros, con unidad de mando y acción; al mismo



tiempo, imponer este sentido «ordenado» en todos los aspectos de la vida civil, reorganizando a los hombres en jerarquías, sindicatos, etc.

La tercera, de orden estratégico inmediato, es formar equipos de combate que puedan no sólo contrarrestar la acción revolucionaria de los equipos marxistas, sino vencerla y superarla.

Esto no quiere decir que, realizada la conquista del Estado, deban desaparecer del Partido sus organizaciones militares, como es opinión en algunos sectores resentidos de demoliberalismo. La continuidad de la organización militar dentro del Partido es fundamental para su existencia y para su actividad. Primero, porque es una garantía frente a los restos—imposibles de suprimir o asimilar—de las antiguas organizaciones de izquierdas o de derechas; segundo, porque constituye una excelente escuela de educación para el pueblo; tercero, porque las milicias son el cimiento donde se asientan y fortifican las otras organizaciones encaminadas especialmente a la actividad política, interna o externa.

**Sobre el «Modo de ser».** Afecta a la contextura íntima, espiritual, del Partido, y fué dicho por el Fundador: «La Falange es un modo de ser». Quiere esto decir que la profesión de falangista, el pertenecer al Partido único, no es mero accidente, al modo del paso o pertenencia a los antiguos partidos políticos demoliberales. La Falange eleva la categoría de la actividad política, y del mismo modo la de los militantes. Por eso exige del mismo una entrega absoluta, y permanente. No se es falangista en parte; ser falangista es adoptar una actitud total, profunda, no sólo ante los problemas políticos concretos del presente, sino ante la vida. Ser falangista supone modificar la personalidad hasta despojarla de toda añadidura y estorbo; y así renovada, dotarla de una nueva manera de ser, de pensar y de comportarse. Por eso la Falange incluye una moral—no sólo una doctrina política de salvación nacional—, y exige que el comportamiento de todos se adapte a ella, la realice y cumpla exactamente. E incluye, asimismo, un rito, una ordenación precisa de las manifestaciones externas.

Partiendo de ese «modo de ser» falangista, se exige y se espera de los militantes una transformación de la vida española en todos sus aspectos. No nos contentamos con un resurgimiento parcial: queremos un resurgimiento totalitario; y queremos, además, que todos los aspectos en que ese resurgir se manifieste, lleven el sello falangista, el «estilo» nacido de un común modo de ser.

Pero, ¿cuál es ese «modo de ser» falangista?

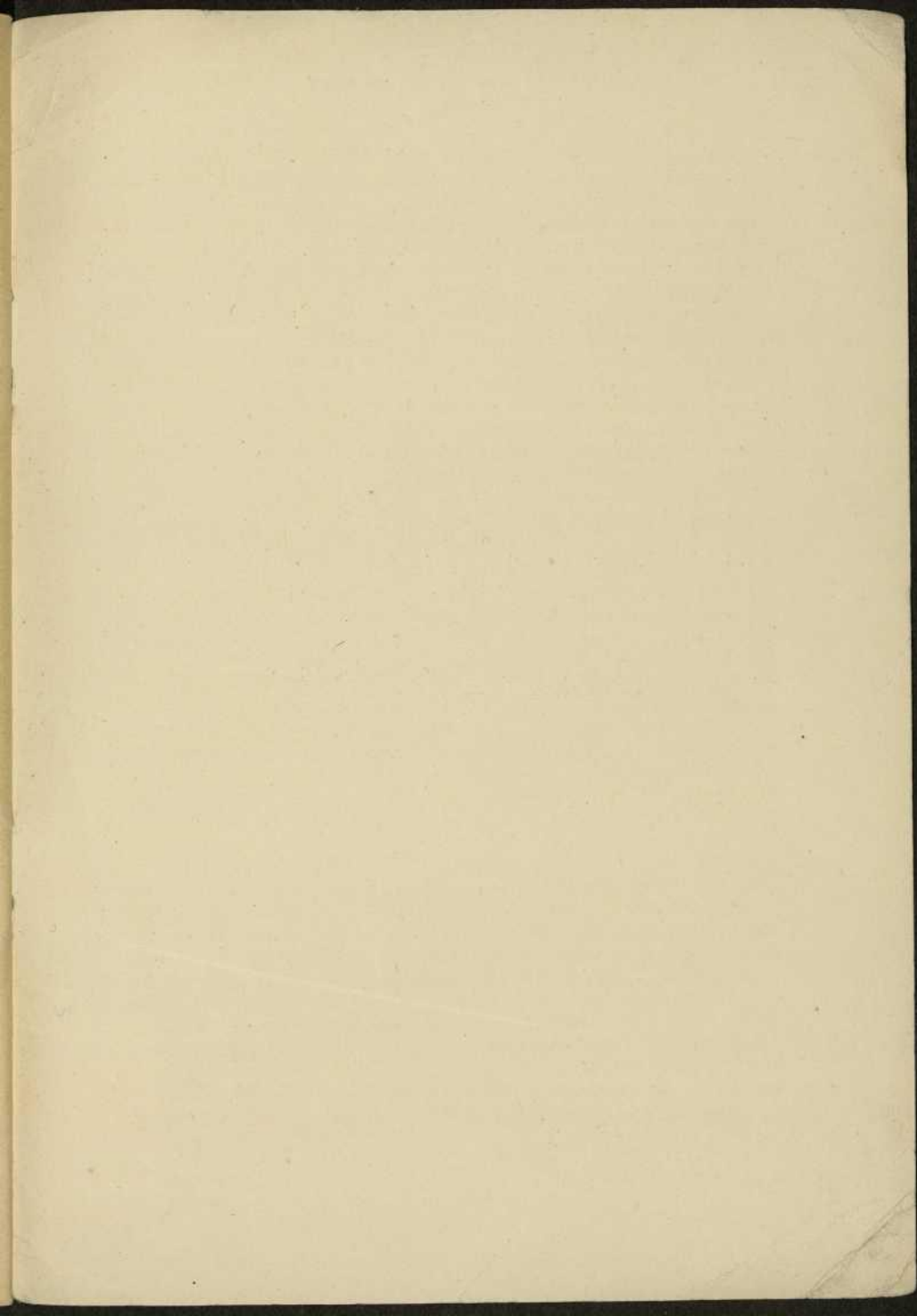
Queda dibujado en el concepto del hombre tantas veces expresado por el Fundador. Despojemos al hombre de todas las imperfecciones añadidas por la decadente civilización capitalista; reconciliémoslo consigo mismo («unidad en el hombre»), con los otros hombres de su Patria («unidad entre los hombres de España»); reconciliémoslo también con su contorno, con las cosas que lo rodean; hagamos que se incorpore a la tarea común de la Patria, y que esta incorporación sea poniendo en juego lo más original y puramente varonil, lo eterno humano, restaurando en él los viejos valores de gallardía, honor, sacrificio, hermandad, jerarquía; renazca el sentido de la obra colectiva y de la obra arriesgada—sentido de milicia—; y vaya el hombre a todas estas cosas con sinceridad y limpieza de ánimo. Y vea, en sí mismo y en los otros, no un factor económico, o un factor político, o un número deshumanizado en la fría ordenación del Estado, sino el «portador de valores eternos», al hombre capaz de perderse o salvarse; pero también al miembro de la comunidad nacional, al miembro de una Patria que *también realiza valores eternos y puede asimismo perderse o salvarse para Dios y para la Historia.*

Porque también las Patrias y las Naciones tienen una realidad ante Dios, un destino que cumplir previsto en la mente divina; y va siendo hora que al lado de la moral de salvación personal humana, surja y se precise la moral de salvación colectiva, de salvación de las Patrias; y las obligaciones que al hombre vinculan a la entidad nacional en que vive. Y también cómo no ser patriota es un pecado, además de un delito y una cobardía. Por libros santos anda el fundamento de esta idea. Doctores tiene la S. M. I. que la sabrán formular y defender.

**Final.** En la España que surge de la presente guerra, es la Falange el Partido único, cuya estructura queda a grandes rasgos dibujada. Tiene un quehacer grandioso: reconstruir la grandeza nacional y preparar la totalidad de las fuerzas económicas, políticas y sociales de la Patria para la gran empresa colectiva externa que el porvenir dibujará y precisará. Esta labor de preparación, esta tarea de «política interior», tiene extremos que conviene aclarar; así como conviene también decir cuáles serán, seguramente, las rutas de nuestra «política externa», de la nueva empresa nacional.

Precisar una y otra, es tarea encomendada a un nuevo folleto.

¡ARRIBA ESPAÑA!





EDITORA NACIONAL

(10)

